

La miranda

PÁGINAS DE CULTURA

lamiranda@epi.es - blog.diariodeibiza.es/lamiranda

Nº 93



Solange Laffon vivió en los años 60 en este edificio de tres plantas de Sa Penya, en el que también residió la pintora finlandesa Anita Snellman

ARXIU HISTÒRIC D'EIVISSA

Benet, Martín Santos y Solange

El escritor Fernando-Guillermo de Castro, autor de 'La isla perdida' y de 'El gran dibujante de Ibiza. Antoni Marí, Portmany', rememora hoy para La miranda su relación de amistad con los escritores Juan Benet y Luis Martín Santos, a quienes trató con frecuencia en Madrid, en el mítico Café Gijón. De aquella relación surgió también su conocimiento de las hermanas Laffon, con una de las cuales, Solange, que vivió en Ibiza en los años 60, llegó a tener gran amistad. **Páginas 34 y 35**

Eran distintos

FERNANDO-GUILLERMO DE CASTRO

Solange Laffon se trasladó a vivir a Ibiza con sus padres y su hijo a principios de los años 60. Hermana de Rocío Laffon –casada con el escritor Luis Martín Santos–, fue también el gran amor de otro de los grandes escritores españoles del siglo XX, Juan Benet. A ambos escritores trató con frecuencia en el Café Gijón el autor de este artículo, que recuerda también su amistad en la isla con Solange

■ En el Otoño de 1939 –recién terminada la Guerra Civil–, Juan Benet y yo coincidimos en el Colegio del Pilar, de Madrid. Primer curso de Bachillerato. Estuvimos siempre en aulas distintas, de modo que sólo nos veíamos en los recreos. Y quizá le viera yo más a él que él a mí, por la sencillísima razón de su estatura, verdaderamente sobresaliente, desmesurada. Y como si los alumnos quisiéramos jugar a la paradoja, todos le llamábamos Juanito.

Nos dejamos de ver cuando terminamos el Bachillerato y los dos abandonamos el Colegio del Pilar. Hasta Febrero de 1949. Había escrito yo mi primera novela corta ('Hambre y amor') y decidí presentarla al Premio Café Gijón, que acababa de fundar Fernando Fernán-Gómez. También fue esa tarde, al fin, la primera vez que entré yo en el mítico café literario madrileño. ¡Cuántas otras tardes, antes, había pasado por delante de las cristaleras de sus ventanales, con el afán de atisbar en aquella pecera a alguno de los peces gordos de las letras españolas en candelero...!

Lector puntual cada semana de La Estafeta Literaria, yo sabía que al Gijón acudían a diario personajes tales como García-Nieto –poeta-adalid de La Juventud Creadora–, el afamado escritor (que casi no escribía) Eusebio García Luengo, Camilo-José Cela, Juan-Antonio de Zunzunegui –el del mal farío–, Bueru Vallejo o Víctor Ruiz Iriarte, al que llamaban «El Pequeñito» porque era un enanito, pero con un buen vozarrón y hasta con una guapa novia, actriz de teatro conocida.

Con Benet en el Gijón

Así, pues, entré la tarde que digo en el Café Gijón, con mi novela, bien mecanografiada y encuadernada, en mis manos, frías por la emoción. Al primer camarero que me tropecé, le pregunté por García Nieto –Fernán-Gómez le había designado secretario del concurso–. El camarero señaló a un individuo, que estaba sentado, de espaldas a la entrada, en uno de los divanes de peluche rojo:

–Es ese caballero repeinado y trajeado de azul marino–, aclaró o recalco el camarero.

Pepe García Nieto me recibió amicalmente. Me invitó a sentarme con él, incluso, a tomar café. Dejé mi novela –sin ni siquiera haberla abierto–, sobre el mármol de la mesa contigua a la nuestra. Pero a García Nieto le acompañaba esa tarde alguien inimaginable para mí en semejantes comeditos: Juan Benet...

Juanito se limitó a saludarme con un arqueo de cejas, que ni debió advertir García Nieto. (Señalaré que Juanito era cejijunto). Sin embargo, con desfachatez inaudita, tomó mi novela en sus manos y se dedicó a hojearla, con tranquilidad propia de lector. El secretario del concurso literario empalideció de estupor, mientras yo me reía para mis adentros ante tamaño desparpajo, colmado de osadía y descortesía, también, claro está. Cuando Juanito devolvió mi nove-



Luis Martín Santos



Solange Laffon y Juan Benet en los años 50

«Cuando Juanito devolvió mi novela a su lugar en la mesa contigua a la nuestra, hizo otro gesto benevolente, como de aprobación. Juan Benet era así, gestero, presumido, desatento con el prójimo (muy probablemente por timidez), divertido. (Verle actuar, que se comportaba como actor en escena)»

la a su lugar en la mesa contigua a la nuestra, hizo otro gesto benevolente, como de aprobación. Juan Benet era así, gestero, presumido, desatento con el prójimo (muy probablemente, por timidez), divertido. (Verle actuar, que se comportaba como actor en escena).

Después de fallado el concurso (Eusebio García Luengo ganó el primer Premio Café Gijón de novela corta con 'La primera actriz'), yo continué yendo al café, donde fui,

en general, muy bien recibido. La verdad es que 'Hambre y amor', aún sin publicarse, me abrió las puertas de las diversas tertulias que se reunían por aquellas calendas en el café.

Me convertí, pues, en asiduo del Gijón, donde coincidía esporádicamente algunas tardes con Benet. Si estábamos solos, charlábamos un rato. Juan no había publicado nada todavía, pero ya se mostraba como ferviente admirador de Faulkner, influencia



El mítico Café Gijón, en Madrid

ésta que, a la larga, como novelista, creo que le perjudicó. Y es que las influencias evidentes, producto de admiraciones rayanas en el fanatismo, nunca dan positivo en quien las padece.

Luis Martín Santos

Una de aquellas tardes, Juan trajo consigo al Gijón a un joven, más o menos, de su misma edad; también de buena estatura, aunque sin exceso alguno al respecto. Lo que más caracterizaba físicamente a aquel joven: unas profundas ojeras oscuras, tremendas, llamativas. Era médico psiquiatra y se llamaba Luis Martín Santos.

Se solían sentar solos, aparte, para charlar largo y tendido entre ellos dos. Alguna vez les vi en compañía de Rafael Sánchez Ferlosio, con José Suárez Carreño, con el pintor Juan-Manuel Díaz-Caneja y también con un raro personaje: Francisco Pérez Navarro, el primer *beatnik* que conocí en la vida, que periódicamente iba y regresaba de Londres. Se las daba de filósofo y me espetó un día:

–Lo moderno es no ducharse, ni lavarse los dientes.

Tanto Benet como Martín Santos despreciaban la novela social, tan en boga entonces entre nosotros, e, igualmente, la literatura costumbrista o localista, en general. De modo que se granjearon pocas simpatías entre la grey de plumíferos que concurría al Gijón. Se decía que esos señoritos miraban a todo el mundo por encima del hombro.

Juan me presentó a Luis Martín Santos, que me pareció persona afable, nunca en actor de sí mismo, como su amigo. A Martín Santos le gustaba hablar conmigo de mi padre:

–¿Cómo le va ahora en el Instituto Cajal?–, me preguntaba.

Pero por quien sentía suma curiosidad era por don Santiago Ramón y Cajal; le entusiasmaban las anécdotas de su vida que yo le contaba. Y lo que le dejó asombrado fue que yo hubiera llegado a conocer personalmente a Don Santiago.

Si no a la primera, desde luego, sí a la segunda o tercera convocatoria del Premio de novela corta Café Gijón, Luis Martín Santos presentó una obra suya, que, incomprensiblemente, pasó inadvertida para todo el mundo. No obstante, yo quise leerla, se la pedí y Luis me la dejó, amablemente. Se titulaba 'Pastoral'. Desarrollaba la historia de un triángulo amoroso, vivido por unos seres rústicos, primarios; tres personajes que viven por y para un rebaño de cabras en la soledad de una pedriza. El amo y señor del rebaño; su criado –el pastor de las cabras– y la moza serrana, que se cuida de los dos hombres. «Fermosa, lozana e bien colorada». Cuando, un mal día, la serrana pare entre las cabras –ignorando cuál de los dos hombres puede ser su preñador–, la moza, sin más pensárselo, arroja a la criatura recién nacida al pozo. Una novela tremenda,

magnífica, muy bien escrita, además. Nunca llegó a publicarla en vida el autor, aunque pasado algún tiempo parece ser que le cambió el título: si 'Ventre hinchado' se antoja mucho más explícito, perdía la poesía que emanaba de 'Pastoral'.

'Tiempo de silencio' fue una novela-impacto, como lo fueron antes el 'Pascual Duarte' de Cela y 'Nada', de Carmen Laforet. Y algo más aún con respecto a la novela de Martín Santos: 'Tiempo de silencio' está considerada hoy en día como la novela emblemática, defensora, de una época, un mito literario, por tanto.

Sin embargo, a mi gusto o juicio crítico, la carga política que bulle a lo largo de la narración, que soporta la novela, me hace desmerecerla en no poca medida. Nada que ver eso con un paisaje histórico al fondo, como sucede, por ejemplo, en 'El gatopardo'. Buena literatura e ideología política casan mal. A mano tenemos el caso de 'Madrid, de corte a checa'. Si la primera parte debo admitir que constituye un excelente ejemplo de narrativa valleinclanesca, la segunda parte queda, lamentablemente, en panfleto político.

Tras el éxito fulminante, arrollador, de 'Tiempo de silencio', a Martín Santos le acometió el temor de poder quedar en la historia de la literatura como el autor de una sola obra. Se aplicó, pues, con ahínco a escribir 'Tiempo de destrucción', pero no le dio tiempo a acabar su segunda gran novela.

Por su parte, Juan Benet, si no acertó a escribir jamás una novela-impacto, sí contó con tiempo y tuvo la capacidad imaginativa necesaria para crear una obra extensa y sobresaliente, por la que ha merecido nada menos que la consideración de maestro por parte de una serie de escritores más jóvenes, que se precian de ser discípulos suyos. ¿Cabe mayor elogio o distinción?

Si ya hemos dicho que Benet admiraba profundamente a Faulkner y que—quizá inconscientemente—se dejó influir en exceso por el novelista norteamericano, la admiración mayúscula de Luis Martín Santos se decantó por Joyce. Huellas del genial irlandés podemos percibir las en 'Tiempo de silencio', así como también una fugaz sombra cajaliana, que se columbra en algunas páginas.

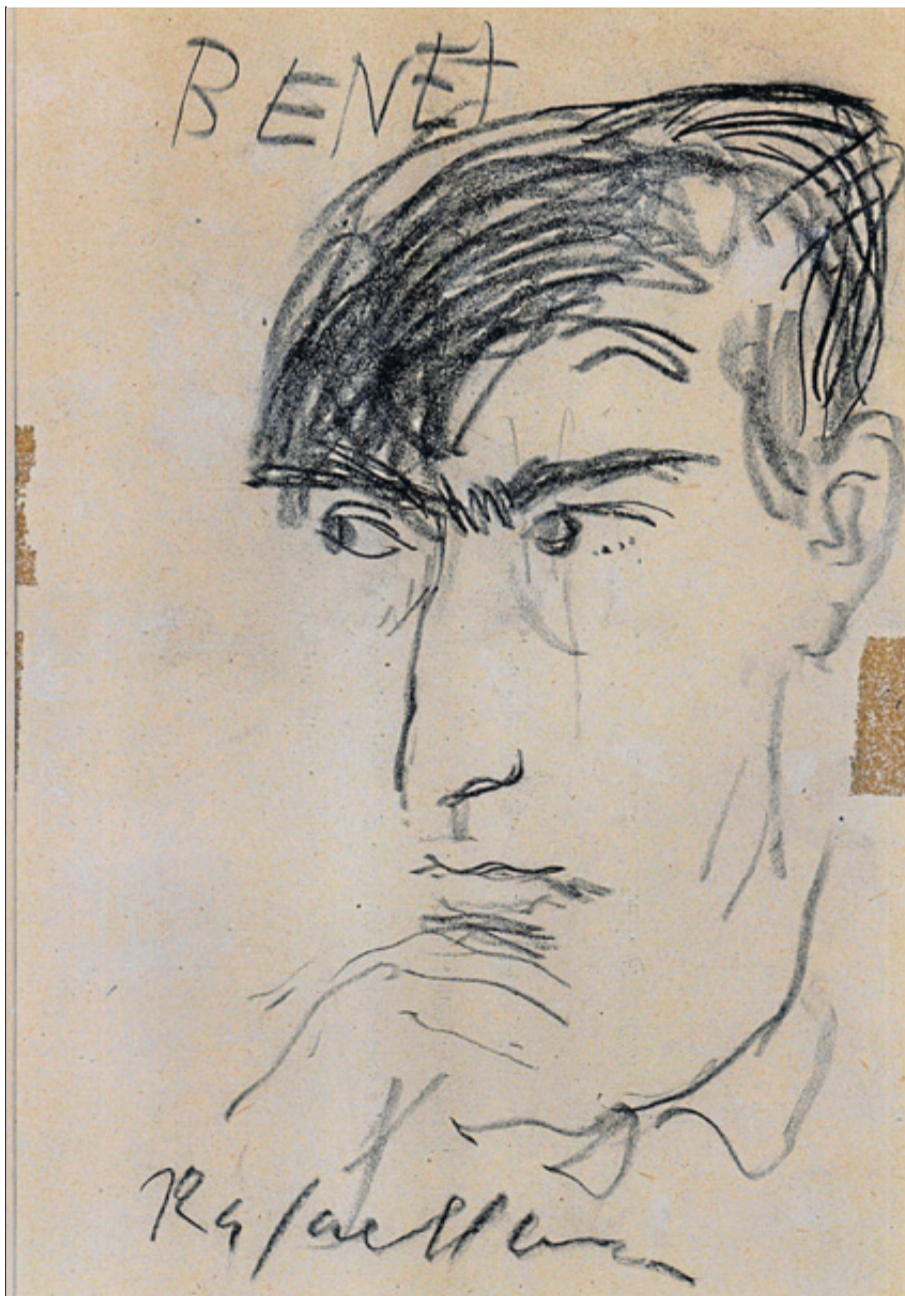
Solange Laffon

Una de aquellas tardes que he recordado, que recalábamos los tres en el Gijón, les vi acompañados de una muchacha joven, rubia, con muy buena pinta; tenía cierto aire de extranjera. Inopinadamente, los tres se pusieron a jugar a *épater le bourgeois*, divertidísimos. Primero besaba uno de los dos en la boca a la muchacha rubia y enseguida lo hacía el otro, para, de inmediato, repetir la ronda una y otra vez. Y se reían los tres con ganas de lo que hacían y de dónde lo estaban haciendo. Creo que nadie les llamó la atención, pero las caras de los intelectuales progresistas allí presentes reflejaban estupor, escándalo o reproche para una

«Solange alquiló un estudio en Sa Penya, en el mismo edificio colgado sobre el mar donde vivió la pintora finlandesa Anita Snellman. Fue allí donde la vi por última vez. Sobre la mesa-camilla del gabinete tenía una pipa de kif»



«Un día Solange alquiló un estudio en sa Penya, en el mismo edificio colgado sobre el mar...» T. RIBAS



Juan Benet, retratado por Rafael Pena en el Café Gijón en 1951

moral burguesa, apenas camuflada.

Aquella encantadora muchacha rubia, pocos meses más tarde, se casó con Luis Martín Santos. Se habían conocido en la clínica psiquiátrica del Dr. López-Ibor, donde ella ejercía de enfermera y él realizaba prácticas. Era Rocío Laffon.

En Ibiza, en 1962, conocí a Solange Laffon. Joven, cenceña, siempre sin maquillaje alguno, resultaba atractiva y mostraba al reírse una fuerte y esplendorosa dentadura. (Toda la vida me gustaron las mujeres algo dentonas). Hago memoria, pero no recuerdo quien me presentó a Solange. Ese año, en el que yo pasé una temprada en Vila, en el Hotel Montesol, nos vimos bastante. Alguna noche nos íbamos a cenar a Sa Punta, en Santa Eulalia, y en alguna ocasión nos acompañó un querido amigo mío, Antonio Marí Viñas. Solange era dicharachera, ingeniosa, encantadora.

Me habló de su hermana Rocío, que estaba casada con el psiquiatra y escritor Luis Martín Santos:

—¿Le conoces?—, me preguntó enseguida.

En cambio, nunca me comentó nada de 'Tiempo de silencio', que se acababa de publicar ese mismo año, pese a ser gran lectora. Como le encantaba Cela («¡ah, el lenguaje...!»), yo le regalé 'Izas, rabizas y colipoterras', libro francamente divertido. (Ella me había traído de Gibraltar un jersey de lana inglesa).

Solange—casada y separada de un primo hermano francés—, vivía en Dalt Vila, en un vetusto y hermoso caserón de la calle Pedro Tur (propiedad, creo, de la familia Llobet), con sus padres y una hija suya, pequeña, que tuvo en su fugaz matrimonio. Nadie supo nunca en Ibiza por qué el clan Laffon recaló en la isla, ni para qué se instalaron a vivir allí. Procedían de Galicia, donde el patrón había explotado un criadero de ostras. A Adalbert Laffon, un alto y altivo monárquico legitimista francés, apenas sí lo saludé tres o cuatro veces. Todo lo contrario me sucedió con su mujer, Gracia, a la que veía casi a diario en la cafetería del Montesol, donde yo escribía por las tardes. Fue la propia Gracia—una pizpireta malagueña, de familia distinguida—, quien me contó que su marido les había abandonado. Adalbert Laffon se había largado en su pequeño yate con una jovencita alemana que ese mismo invierno le había ayudado a rascar el casco del barco. Poco después, fue cuando Gracia montó un restorán por el puerto de Ibiza. Hacían cocina francesa y yo lo frecuenté bastante, si bien nunca en compañía de Solange. No quería que su madre la viera conmigo.

Pasados años—ya no vivía yo en la isla—, leí ese pequeño libro precioso de Benet, titulado 'Otoño en Madrid hacia 1950', donde Juan hace una deliciosa semblanza del clan Laffon, visto allá, en Galicia, a la vera del criadero de ostras. A Solange le dedica un canto emocionado. Dice de ella que, sola, merecería un libro de mil páginas.

Por la lectura de la interesante y sugerente biografía de Luis Martín Santos, publicada recientemente por José Lázaro, me entero de algo sospechado por mí sólo a partir de la lectura de 'Otoño en Madrid hacia 1950'. Que el gran amor de Juan fue Solange.

En nuestras muchas, largas y divertidas charlas, Solange nunca mencionó, para nada, a Juan Benet. Ni me preguntó, siquiera, si le conocía. Un día, Solange alquiló un estudio en sa Penya, en el mismo edificio colgado sobre el mar donde vivió la pintora finlandesa Anita Snellman. Fue allí donde la vi por última vez. Sobre la mesa-camilla del gabinete tenía una pipa de kif.

‘Shutter Island’: las propias cadenas

Martin Scorsese pone imágenes a una novela desesperadamente romántica y de tintes góticos

CARLES FABREGAT

■ Como sucede a menudo con algunos escritores contemporáneos, ‘Shutter Island’, novela gótica de Dennis Lehane, ya contiene dentro de sí una película claramente estructurada, incluso con su lenguaje de tiempos alterados tan al gusto de hoy. Alterados hasta el punto que, al mezclarse aquí realidad y fantasía de un modo tan entrelazado, la amalgama resultante acaba por revelarse como la esencia misma del relato. Consideración que no desdice el talento de Scorsese, quien lo recupera aquí tras su vacilante última trayectoria compuesta por títulos como ‘Gangs of New York’, ‘El aviador’ o ‘Infiltrados’. Un talento que en la madurez de este director aparece destilado bajo la forma de ‘oficio’ –y de una demostrada capacidad mimética: ya han sido citados al respecto Hitchcock, Welles o Lynch–, puesto al servicio de un producto claramente de género, con todo lo que esto conlleva de positivo y de negativo.

No es casualidad que los sucesos narrados en ‘Shutter Island’ tengan lugar entre 1952 y 1954, la época central del macarthismo, fenómeno que oscureció la vida política estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial en los compases iniciales de la llamada guerra fría. No sólo se trata del período de la conocida ‘caza de brujas’, también son los años de la bomba ‘H’, de los avances tecnológicos susceptibles de cambiar los hábitos sociales –caso del televisor– y de la paranoia contra el enemigo interno (la ‘cruzada’ anticomunista), fundamentada, a modo de pretexto, en la victoria recién obtenida sobre el enemigo externo, procedente de la vieja y decadente Europa.

Se trata, pues, de un tiempo de intrigas nacionales e internacionales, en los que se alimenta el germen de la ‘teoría de la conspiración’, que tanto ha servido posteriormente para mantener el miedo en el cuerpo del ciudadano con facturas e hipotecas que pagar, a la vez que de inspiración para guionistas especializados en enrevesados *thrillers* sobre ‘la verdad de las cosas’.

En este sentido, lo que Lehane nos propone es justamente un *thriller* conspiratorio a la inversa: nada es lo que parece, cierto, pero el espectador deberá sufrir una herida narcisista fruto de haber apostado por el equipo equivocado. Y ahí radica su máximo interés y también su piedra de toque: es fácil quedarse en el artificio de tan atractivo punto de partida. O de llegada, según se mire. Aquello a lo que el espectador está acostumbrado es a identificarse con el héroe capaz de luchar contra todas las adversidades, con el ‘falso culpable’ hitchcockiano, a quien el tiempo (o como mínimo el último tramo de la cinta) acaba siempre por dar la razón. No al contrario.

Pero fundamentalmente, lo que se propone el texto –una novela negra desesperadamente romántica y de tintes góticos– es un ataque a los instrumentos utilizados por los aparatos ideológicos del poder en contra del avance del ser humano (torturas, privación de libertad, control del pensamiento, condicionamiento, intervenciones en el cerebro, etc.). Y para hacerlo –desde dentro, por decirlo así, a través de un juego de rol– elige como territorio el mundo de la psiquiatría experimental, para denunciar tanto los abusos de la psicocirujía (la lobotomía como extremo paradigmático) como de la psicofarmacología en tanto que remedio universal (en



Una escena de la película protagonizada por Leonardo DiCaprio

D.I

No es casualidad que los sucesos narrados en ‘Shutter Island’ tengan lugar entre 1952 y 1954, la época central del macarthismo, que oscureció la vida política estadounidense»

el horizonte la terrorífica representación, tan cinematográfica, de una deambulante humanidad zombi). Y a modo de radical tercera alternativa: la mediación de la palabra, que preconizara Freud hace ya más de un siglo.

El lado oscuro del alma

No se trata sin embargo de un texto de tesis, sino de una novela gótica, con sus mecanismos predeterminados y sus constantes de género, en este caso una atmósfera angustiante, opresiva (todo ocurre en una isla cuyo nombre es la metáfora de un cerrojo) y un ambiguo protagonista, perfecto para transitar en el filo de la cordura, alguien capaz de ceder tanto a los estallidos de violencia como de perderse entre los pliegues más recónditos del sentimiento, cuando no del delirio.

En la película de Scorsese, este personaje nos es servido con el talento a que ya nos ha acostumbrado Leonardo DiCaprio, la encarnación aquí de una personalidad perfilada con tintes más toscos que los del texto original, para adecuarla al gusto mayoritario.

«A pesar de su sesgo humanista, ni la película ni el libro eluden la existencia del lado oscuro del alma, simbolizada en los dobles antitéticos Edward Daniels / Andrew Laeddis»

Se trata de una versión menos sutil que concuerda con el dibujo que de los agentes del orden ha ido confeccionando el cine americano entendido como espectáculo. Un tipo propenso a las manifestaciones de carácter, impredecible en la toma de decisiones, franco y más bien intuitivo que dado a las sutilezas de pensamiento. Alguien que se corresponde con una parte de las características del protagonista (aquellas que se refieren a su contacto con el lado rudo de la naturaleza humana), pero que no responde tan bien a los aspectos en que aquel se muestra más cercano a las tesis humanistas del director de ese centro psiquiátrico para delincuentes perturbados (un excesivamente sombrío Ben Kingsley).

La necesidad de que caiga simpático a quienes repudian o desconfían de los métodos no coercitivos al tratar con enfermos proclives a la agresividad (¿el americano medio?, ¿el español medio?, ¿el ciudadano mundial medio?), acaba jugando en contra de la propuesta de fondo de la cinta.

Teddy Daniels (DiCaprio) es asimismo al-

guien agobiado por el peso de la pasión inconfesable por su mujer muerta (no obstante la película haya limado los aspectos más sexuales del libro). Continuamos por tanto dentro de la tradición de un relato de género, la novela negra, en la que no suele faltar el hábito de perdición que emana de la *femme fatale*, capaz de aportar una atmósfera de desesperanzada melancolía que deviene lo mejor de la película, articulada por medio de escenas oníricas a las que Scorsese aplica toda su sabiduría visual, forjada en títulos como ‘Malas calles’, ‘Toro salvaje’ o ‘Uno de los nuestros’, si bien dichas obras conservaban aún la voluntad de inscribirse a modo de marcas significantes en el lenguaje cinematográfico, más que proponerse como pura ilustración gráfica de un original escrito, por estimable que sea el empeño, incluso en muchos casos generador (la historia del cine esta repleta de ejemplos) de auténticas creaciones.

A pesar de su sesgo humanista, ni la película ni el libro eluden la existencia del lado oscuro del alma, simbolizada en los dobles antitéticos Edward Daniels/Andrew Laeddis, una suerte de Jekyll y Hyde, defensor uno y transgresor el otro de la ley.

Un hilo tenso sobre el que escenificar la lucha permanente entre, por un lado, el deseo de ordenar el caos por medio de la interrelación racional y pacífica, y por otro la condena de vivir en la dimensión temporal de la violencia, «el regalo de Dios», en opinión de un jefe de vigilancia que utiliza su hallazgo para justificar la eliminación de los débiles –aquellos desfavorecidos por la selección natural de la especie que preconiza la ley del más fuerte–, sabedor de la porción de verdad que encierran estos versos de Byron a propósito del carácter paradójico de la condición humana: «eran mis propias cadenas y nos hicimos amigos».

Thoreau y el mar

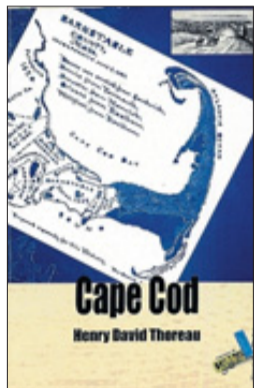
Henry David Thoreau, escritor de tierra adentro, viaja en tres ocasiones hasta la costa de Massachusetts entre 1849 y 1855 para conocer en profundidad la vida natural de Cape Cod

V. VALERO

■ La literatura de viaje y una nueva sensibilidad social hacia el mundo de la naturaleza coincidieron en el siglo XIX para crear obras tan extraordinarias como la que ha publicado recientemente la editorial canaria Baile del Sol. 'Cape Cod' es el relato de los tres viajes que el escritor americano Henry David Thoreau (Concord, Massachusetts, 1817-1862) realizó a este enclave natural de la costa atlántica de los Estados Unidos entre 1849 y 1855.

Cape Cod era en aquella época un lugar aislado y casi inhabitable, donde era posible encontrar, además de una naturaleza virgen, una serie de pequeñas poblaciones costeras ciertamente peculiares por su ubicación y sus orígenes. Por consiguiente, también era posible encontrar en aquellos parajes azotados por el océano a pobladores que respondían al perfil humano preferido de Thoreau: hombres y mujeres sin artificios, sencillos, residentes en ambientes primitivos y en contacto con la naturaleza.

Una vez solo y otras dos acompañado por el poeta Ellery Channing—su vecino de Concord y uno más del grupo de notables establecido en aquella pequeña población



H.D. THOREAU © EDICIONES BAILE DEL SOL, 2009

Cape Cod

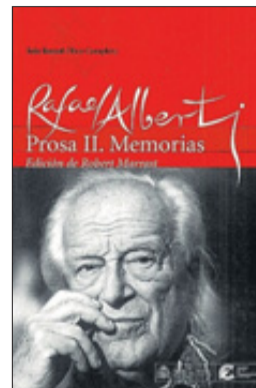
Relato de los tres viajes realizados a Cape Cod (Massachusetts)

cercana a Boston, como el filósofo Emerson y el novelista Hawthorne—, Thoreau viaja a Cape Cod con el propósito de conocer «el desnudo brazo curvado de Massachusetts», un amplio y abrupto territo-

rio marítimo, donde sus habitantes, rudos e independientes, se calientan con los maderos procedentes de los naufragios cercanos y se alimentan con la carne de las ballenas varadas, las nutrientes algas que llegan a la orilla y los pocos frutos que el viento frío y el salitre les permiten cultivar en sus desaliñados huertos.

Con la precisión de un científico, de un estudioso de la naturaleza y de la literatura clásica, Thoreau camina por aquel enorme Cabo de norteamérica anotando lo que ve, conversando con las personas, catalogando plantas, analizando moluscos, peces y tipos de aves. Pero, sobre todo, en contacto con la naturaleza, reflexionando una vez más sobre el hombre y su destino.

'Cape Cod' es el libro de un naturalista, pero de un naturalista heterodoxo que, por encima de cualquier otra cosa, es un escritor—también heterodoxo— en busca de la belleza del mundo y de la experiencia de la naturaleza salvaje. En busca también, como es habitual en su literatura, del conocimiento de los individuos que viven en condiciones extremas y no se han dejado seducir todavía por los cantos de sirena de la nueva civilización americana.



RAFAEL ALBERTI | SEIX BARRAL, 2009

Prosa II. Memorias

Segundo tomo dedicado a los libros en prosa del poeta gaditano

■ Desde hace unos pocos años, la editorial Seix Barral viene publicando las Obras completas del poeta Rafael Alberti. Ahora ha aparecido el tomo II de la Prosa, dedicado enteramente a sus Memorias, en una cuidada edición realizada por Robert Marrast. Hablar de las memorias de Rafael Alberti es hablar de 'La arboleda perdida', que en esta edición encontramos completa, es decir, en sus cinco libros, itinerario de un hombre y de un siglo. En uno de ellos, el cuarto, que recoge el periodo entre 1977 y 1987, podemos volver a leer las páginas dedicadas a su retorno a Ibiza, durante el mes de mayo de 1987, y escritas en la isla. |v.v.



ANTONIO PAU © TROTTA, 2009

Novalis. La nostalgia de lo invisible

Biografía del escritor romántico alemán

■ Friedrich von Hardenberg, más conocido como Novalis, perteneció a la primera generación de románticos alemanes. Poeta, narrador y científico, su carácter se define por el entusiasmo, por el afán de conocer, por la nueva sensibilidad naciente, por la pasión por la naturaleza. En su personalidad y en sus escritos se dan los parámetros del romántico verdadero, aquel que asociaba el amor y el conocimiento, el sueño y la ciencia. Esta espléndida biografía nos acerca a su trayectoria personal y literaria, apasionante en muchos aspectos, pero truncada cuando apenas había cumplido los 28 años. |v.v.



VV.AA © ANGLE EDITORIAL, 2009

La imaginació noucentista

Conclusiones de un curso sobre la estética del Noucentisme

■ Este interesante conjunto de ensayos reúne las intervenciones de un curso sobre la estética del llamado Noucentisme—marco cultural de la Cataluña de principios del siglo XX—, celebrado recientemente en Barcelona y coordinado por el escritor y profesor ibicenco Antoni Mari. El libro aborda el ideario de este importante movimiento cultural, sus programas e instituciones, su arquitectura, su literatura y sus artes plásticas. Y en él participan pensadores como Yves Michaux, Jaume Vallcorba, Glòria Soler, Oriol Bohigas y Salvador Oliva, entre otros. |v.v.



W. B. YEATS © LINTEO, 2010

La escalera de caracol

Uno de los últimos libros del Premio Nobel irlandés

■ En una excelente traducción de Antonio Linares nos llega este libro del irlandés William Butler Yeats, uno de los poetas imprescindibles del siglo XX. 'La escalera de caracol y otros poemas', escrito en los primeros años 30, es una incursión sombría en el propio mundo de la vejez y de la enfermedad. En su pesimismo y en su conciencia de la muerte, Yeats encuentra la inspiración para crear. Como escribe en el poema 'El siglo XIX y después': «Aunque la gran canción no vuelva nunca más / hay un placer entusiasta en lo que tenemos: / el sonido de los guijarros en la orilla / bajo una ola fugaz». |v.v.

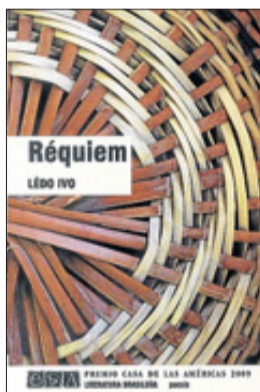


VV.AA © ARTS SANTA MÒNICA, 2010

Agustí Centelles

La fotografías del campo de concentración de Bram

■ Se trata del catálogo de la exposición que ha tenido lugar recientemente en Arts Santa Mònica, Barcelona. Un emocionante recorrido por la fotografía de Agustí Centelles en el campo de concentración de Bram, en 1939. Por lo tanto, un magnífico testimonio de la vida de miles de hombres en condiciones extremas de supervivencia, recogido también en condiciones extremas—con el peligro que conllevaba. El dolor y la humillación están reflejadas en estas imágenes estremecedoras tomadas no por un reportero ajeno a la situación, sino por una víctima más de aquel campo de concentración. |v.v.



LÊDO IVO © FONDO CASA DE LAS AMÉRICAS, 2010

Réquiem

Nuevo libro del mayor poeta vivo de las letras brasileñas

■ El mayor poeta brasileño de nuestros días, Lêdo Ivo, acaba de publicar un nuevo libro. Se titula 'Réquiem' y es sencillamente extraordinario. Ocho poemas largos en los que el poeta de Maceió, de 86 años, reflexiona sobre la vida, la poesía, el mundo, y encara la muerte inevitable y cercana con sabiduría. Un poemario estremecedor, en el que la realidad y la imaginación se funden en un discurso poético lleno de imágenes novedosas, sorprendentes y lúcidas. El libro ha merecido, además, el Premio Casa de las Américas 2009. |v.v.



LOUIS BEGLEY © ALBA, 2009

El mundo formidable de Franz Kafka

Biografía del escritor praguense

■ Kafka sigue siendo uno de los escritores del siglo XX que mayor fascinación provoca. Por sus escritos, muchas veces enigmáticos. Por su personalidad, no menos extraña, escurridiza y frágil. Por su modo de adelantarse en el tiempo, es decir, por su proyección profética. Ha dado un adjetivo al mundo, 'kafkiano', que procede de una lectura de sus libros tal vez demasiado seria. Louis Begley, en este recomendable ensayo biográfico, se aproxima a la figura del autor de Praga, a su vida cotidiana, a su pequeño universo urbano y familiar del que proceden no pocas de sus obsesiones literarias. |v.v.

Món Barceló



L'artista mallorquí Miquel Barceló

D.1

MARIO RIERA

■ Com diu el propi artista Miquel Barceló, «la meua vida es sembla a la superfície dels meus quadres», i és així, des d'aquesta proposta artística i biogràfica, com podem admirar l'obra retrospectiva de l'autor de Felanitx, en la recentment inaugurada exposició al CaixaFòrum de Madrid que duu per títol 'La solitude organisation'. Aquest títol fa menció a una de les obres exposades, una mena d'autoretrat on observem la imatge d'un goril·la amb aspecte seriós i assegut a un racó de l'escena i que va ser escollida per representar a Espanya en la darrera Biennal de Venècia.

La mostra és una acurada selecció de la producció més variada de l'artista, on podem veure reflectits en diferents èpoques les seves inquietuds existencials fruit d'una actitud en constant recerca del seu món interior en comunió amb les seves experiències i viatges. La transparència profunda de la mirada ens convida a submergir-nos inevitablement en una força visual que ens atrapa, a conèixer dins el quadre portats pel rapte del que bull el propi estat creatiu de l'artista.

Aquest és un element imprescindible quan un es posa davant una obra de Barceló, el seu imaginari figuratiu juntament amb l'expressió extrema de la passió creadora ens transporta a un món on tan les pintures com les escultures mostrades ens presenten una proposta on la intenció de

provocar els trets culturals més profunds estan per sota del colorit i de les formes intangibles que tramen la seva visió singular i única.

Aquesta evolució artística es desplega per les diferents sales temàtiques de la mostra convidant-nos a un recorregut que no deixa de sorprendre per l'impacte del seu descobriment. Des de les obres inicials als anys vuitanta com 'Big Spanish dinner', fins a la mateixa escultura en bronze de set metres d'alçada 'Gran Elefant dret' (2009), que ens suggereix ja des de l'exterior del recinte l'arribada a una experiència trencadora i emotiva.

És el propi afany de primitivisme des d'on brota la creació, la que fa que ens sentim tan lligats a ella, a la seva animalització, que com el propi Barceló comenta, «no es una pèrdua d'humanisme, sinó molt al contrari, un humanisme extrem», on la gènesi comú es representa tal com és, estrambòtica i turbulenta, endinsada i subtil.

La seva aventura marina, part innegable del seu caràcter mediterrani, es transfigura per les profunditats de la consciència amb ondulacions impossibles d'un mar quaternari i fantasmagòric. Els tentacles dels calamars, les textures trencades, les erosions rocoses dels fons marins com en el seu darrer encàrrec públic de la Cúpula del Palau de les Nacions Unides a Ginebra, tenen aquí precedents clars i coherents amb la seva evolució artística.

«La mostra és una acurada selecció de la producció més variada de l'artista, on podem veure reflectits en diferents èpoques les seves inquietuds existencials fruit d'una actitud en constant recerca del seu món interior en comunió amb les seves experiències i viatges. La transparència profunda de la mirada ens convida a submergir-nos inevitablement en una força visual que ens atrapa»

Però aquesta recerca continua al llarg del temps i així ens trobem davant la passió africana on des de la seva estada a Malí, ens suggereix els indrets terrosos a través del colorit viu dels vestits dels seus habitants, desplaçant-se entre ombres allargades i convalsents, reflex d'un ampli i implacable sol on els animals conviuen amb llanguides. Aquí ens trobem amb el seu existencialisme des d'una figuració terrenal on ens presenta paisatges oberts i àrids plens de tonalitats monocromàtiques que conviden a fugir de l'excés d'un occident saturat i intoxicat de formes preconcebudes.

Una travessia del desert renovadora d'esperit i de llum que ens deixa respirar entre petites pedres i ombres diminutes són l'antesala a una sèrie de retrats de personatges importants de l'artista on es vessa la seva humanitat, els amics que ha anat trobant pel camí que l'acompanyen, un camí en constant moviment que fa créixer la genialitat de l'artista i ens dona l'oportunitat de poder gaudir-la aquests dies en aquesta extensa exposició.

Molt més queda per dir, tant com la impressió que cada visitant s'endugui d'aquesta mostra que posteriorment viatjarà a Barcelona, els petits racons d'una creació inesgotable que es confabula amb un llenguatge directe en constant diàleg entre formes i colors desplegats amb una força que no ens deixarà indiferents.